



ESPECIAL JÓVENES



MÁS ALLÁ DE LA MUERTE (4).- EL CIELO

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – N° 26, 6 de abril de 2014

Al morir, cada hombre llega al momento de la verdad. Llegamos ante el juicio de Dios, que todo lo hace «justo», porque, si hemos de estar en la cercanía santa de Él, sólo podemos ser «justos» (tan justos como Dios nos quiso cuando nos creó). Quizá debamos pasar aún por un proceso de purificación, quizá podamos gozar inmediatamente del abrazo de Dios. Pero quizá estemos tan llenos de maldad y odio, de tanto «no» a todo, que apartemos para siempre nuestro rostro del amor, de Dios. Y una vida sin amor no es otra cosa que el infierno. (YOUCAT 157)

Cuando con la ayuda de Dios vayamos algún día al **Cielo**, entonces nos espera lo *«que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman»* (1 Cor 2,9) (YOUCAT 52).

El Absoluto, Dios, es la piedra clave de la bóveda que constituye el Universo y EL MÁS ALLÁ. La sed o el ansia del Absoluto, manifiesta el rechazo de todos los hombres de buena voluntad a cuanto sea engaño, egoísmo, perversidad e injusticia. La existencia de un **más allá, del Cielo**, sin limitaciones de ninguna índole... supone primeramente la existencia de Alguien que lleve a cumplimiento aquellos que son los mejores anhelos del ser humano.

La culminación en **el Cielo, en el más allá** sólo es posible mediante la unión libre del ser humano con el Ser absoluto. Sólo puede lograr el ser humano alzarse hacia la realidad del Ser absoluto mediante lo más noble del mismo, que es el amor. Sólo el ejercicio efectivo del amor entre los humanos prepara desde el acá el futuro del **más allá** que anhelamos desde lo más íntimo de nosotros mismos.

El Cristianismo entiende que Jesús de Nazaret realiza en su persona, la unión con el Ser absoluto, pues es su Hijo hecho hombre, Palabra y expresión suya, único modo de hacer asequible su presencia visible en la Tierra. Los cristianos creemos que Él, segunda persona de la Santísima Trinidad, y encarnado hombre al mismo tiempo, se ofreció como víctima propiciatoria por toda la Humanidad para que pudiéramos alcanzar la **PLENITUD** con **ÉL** y que nos enseñó a amar a todos, devolver bien por mal, y a creer y a confiar en un futuro, más allá de la muerte, de paz, armonía y felicidad.

La plenitud de la persona, se realiza con la unión o la compañía con el Ser supremo, en virtud del amor. Pero el amor no se impone, se ofrece. Nadie, pues, se siente forzado a la plenitud definitiva, sino invitado a ella. La invitación puede ser rechazada o bien aceptada y optar por el amor, y hacer el bien. El humano, traspasado el umbral de la muerte, se reconoce a sí mismo en lo mejor que ha procurado llegar a ser, ampliado hasta lo infinito en el Ser que va por ello mismo a culminarle; y ello, a la inversa, porque toda acción buena – en el Evangelio se dice que incluso dar un vaso de agua – hace que el Ser absoluto, reconociendo en ella un

minúsculo remedo o una muy limitada imitación de lo que Él mismo es, lo asuma, esto es, lo integre en su plenitud y su felicidad eternas. Dios nos dio la inteligencia, no para adorno, sino para emplearla: con tanto más grado de responsabilidad cuanto más grave es el asunto. Síguese de ello que el creyente debe sentirse requerido, por su propia condición de tal, a reexaminar el contenido de sus creencias, para adecuarlas al fin que éstas deben servir: ayudarle **a ser mejor aquí y ahora**, y finalmente esperar de la bondad y misericordia de Dios, alcanzar la plenitud en el **más allá, en el Cielo**.



Describiendo con imágenes simbólicas el denominado “juicio final”, Jesús explicó que consistirá esencialmente en la introspección del comportamiento que tuvimos hacia los demás: *“Tuve hambre y me diste de comer. Tuve sed y me diste de beber. Estaba desnudo y me vestiste. Enfermo, y me visitaste”*...Etc. Jesús asume cualquier buena acción como si hubiera sido destinada a Él mismo. El amor nos culmina: porque nos asemeja al mismo Dios. “Si no tengo amor, no soy nada”, declara San Pablo. La voluntad más nítida y llana de Jesús: *“Amaos los unos a los otros como yo os he amado”*.

Como amor se puede considerar, la acogida, el perdón, la atención a enfermos y ancianos, el servicio generoso, la abnegación, el sacrificio por el otro, la humildad, el saludo cordial, la escucha atenta y la sonrisa afectuosa, el cumplimiento del propio deber, la oración por los demás, la paciencia, eludir la murmuración, la atención a los más débiles, la templanza, tolerancia, y respeto. etc.

Un ejemplo: Santa Teresa, mística, pone de manifiesto su sufrimiento porque todavía existe en el tiempo, así como su sensación de nostalgia y de insuficiencia, despiertan en ella el ansia del **más allá**, el cual le queda como fruto de cada experiencia mística. En suma, aquello que la propia Teresa expresaba con los versos: *Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero...*

En el **más allá, en el Cielo** obtendremos la **PLENA REALIZACIÓN** de nosotros mismos, sin fisuras, sin hastío, hacia un indefinido y entusiasmante autocrecimiento. Entraremos en el “no tiempo”, anchurosa perspectiva donde queda abolida la duración.

La realización de uno mismo en **el Cielo, en el más allá**, comporta, en cuanto vida que es, el movimiento, la renovación, la multiplicidad de los alicientes y de los estímulos, una infinita gama de opciones gozosas sobre la que ejercer como nunca la libertad. El ingreso en **el más allá** no supone una dejación de nuestra personalidad, antes bien, la consumación de ésta. Arribaremos allá nosotros mismos, acogidos y amados como somos, aceptados, asumidos. Sobreabundancia, deslumbramiento. La realización plena es estar inmersos en Dios. Ser y poder todo en el TODO, en Dios que nos abraza. Poderlo todo, en el bien y por el bien, es decir toda belleza, todo disfrute, toda perspectiva tienen cabida en el **más allá** siempre basados en que esencialmente es el bien sin medida para la persona y para los demás.